

en volver; pero quizás tienen razón.... en partir. Porque, después de todo, hay siempre un momento en que la mujer concluye por caer en la boca del lobo. Esto es mucho peor cuando es un lobo de mar.

Después de pronunciar estas palabras, M. de La Marchese inclinó, y se dirigió hacia la puerta.

—¿Volverá V. el próximo año?

—No; se rehace una fortuna, pero no se rehace el amor.

¡Trece años estuvieron sin verse!

El número trece jugó siempre un gran papel en aquella existencia entregada á las supersticiones.

## XIX.

**Por un brazalete, por un traje, por un Príncipe.**

Se ha visto muchas veces reñir las mujeres por un hombre. Esther riñó con dos de sus amigas por un brazalete y por un traje. La primera comedianta del mundo tenía todos los orgullos; si estaba en un salón, no quería que ninguna mujer estuviese mejor vestida que ella; si llevaba una alhaja, le desagradaba que llevaran otra parecida.

La condesa de L... se había entusiasmado con un traje corto que tenía Esther, y envió á su costurera á casa de aquélla, bajo pretexto de venderle algunas telas orientales, con el objeto de ver si conseguía poder enterarse del dibujo y forma del vestido. Efectivamente, fué, y, como era natural, se habló de trajes. Esther no se hizo de rogar para enseñar los suyos. La costurera comprendió tan perfectamente, al primer golpe de vista, el dibujo y forma de la envidiada prenda, que le hizo á la Condesa otro completamente igual. Esto pasaba casi en el gran mundo.

Un Príncipe extranjero dió una gran cena en honor de Esther. La Condesa fué invitada, y llegó la primera, porque la Comedianta quería llegar siempre la última. Vió su traje al momento. Poco le faltó para ponerse mala. Anunció al anfitrión que se marchaba. Se le había robado su bien; se incomodó, se sintió llena de rabia, y, sin detenerse un momento, desapareció. Nadie comprendió aquello, excepto la Condesa, que no creía que le diera tanta importancia. Cuando se presentó en casa de Esther, no la recibió.

—Dígale V. que está demasiado mal vestida.

La doncella, que no se detenía por nada, repitió á la Condesa las mismas palabras, á lo cual respondió la dama :

—¿Es, acaso, porque me visto como ella?

Otra historia parecida fué la del brazalete.

Esther quiso arrollar á su brazo una serpiente, como en otros tiempos se estilaba; fué á casa de Froment Meurice, para encargarla. ¿Qué encontró allí? La serpiente que había soñado.

—¿Para quién es esa serpiente?—preguntó.

—Para la marquesa de Paiva.

Justamente era amiga suya : fué á su casa, y le dijo :

—Déjame mi serpiente.

Aquí la comedia se convirtió en drama, porque las dos voluntades más fuertes del siglo se encontraban una enfrente de otra. Sobre aque-

llos altaneros caracteres, se hubiera podido escribir la teoría de la voluntad.

De haber luchado cuerpo á cuerpo, de seguro se hubieran destrozado. Pero concluyó la amistad que las unía. ¿Y por qué? Por la serpiente que perdió á Eva.

Aquellas dos damas se habían conocido no sé por qué casualidad. La Marquesa no había enseñado á Esther el arte de las representaciones teatrales, pero sí el arte de representar la comedia del gran mundo. Ninguna señora del barrio San Germán hacía los honores de su casa con tanta y tan exquisita gracia y con la bondadosa distinción que ella. Esther tomó lecciones de la Marquesa, como Napoleón las tomó de Talma. Hasta entonces había sido un tanto picante, y hasta un poco raída. Adquirió una flexibilidad y una dulzura encantadoras. Viéndola recibir á sus amigos, fué cómo Esther llegó á ser la señora de casa más amable y distinguida.

Pero, á pesar de eso, no llevó nunca el brazalete que había soñado, porque lo estrenó antes su amiga.

Después que la Marquesa lució la serpiente en los Italianos, alzando veinte veces su brazo para que se vieran bien los ojos de diamantes del simbólico reptil, envió el brazalete á Esther; pero ésta se lo devolvió, diciéndole : *Era ayer cuando debías habérmelo dado.*

Los Príncipes de la sangre son también joyas para estas mujeres, pues lo mismo que hacen con las unas hacen con los otros; rechazarlos cuando no los quieren. Esther amaba á un personaje muy conocido, tanto en la corte como en el teatro; él, por su parte, adoraba á Esther; aquella pasión parecía tener larga vida; pero una noche que representaba *Hermiona*, el Príncipe no ocultó bien en su palco á otra actriz del mismo teatro que quería jugar una mala partida á su compañera. Hermiona envió una embajadora al Príncipe, para ordenarle que fuera en seguida al escenario. Pero no comprendió bien aquellas órdenes, y se quedó en el palco hasta el fin de la representación; sin embargo, fué el primero que se presentó en el cuarto de Esther.

—Monseñor (le dijo ésta); se ha equivocado V. de puerta; el cuarto de la criada de Molière está más allá.

Pero las mujeres, que nunca perdonan á las mujeres, perdonan á los hombres. Esther se condenó, sin embargo, durante algunos días al suplicio de Hermiona.

Encontró al Príncipe en casa de la comedianta; volvió con él, pero después de haber escrito en un álbum, donde aún se pueden leer, las siguientes palabras:

«Conoce V. á Molière; yo digo como él: se toma el bien allí donde se encuentra.»

Esther tenía gran afición á todos los espectáculos. Una noche uno de sus amigos, y al mismo tiempo adorador, sintiéndose celoso, aunque sin ningún derecho, pues sólo era un enamorado platónico, quiso saber adónde iba después del teatro, pues le había oído decir á Valía que se reuniría con ella á las cinco de la mañana.

—¿Adónde va V.?—le preguntó.

—No lo sé.

—¿Quiere V. que la acompañe?

—De ningún modo; tendría V. miedo.

—No importa.

—No puede ser.

Bajó, y se metió en su carruaje, haciendo con su mano un último saludo. El enamorado subió á un coche de alquiler, diciendo al cochero, al mismo tiempo que le daba un napoleón:

—Siga V. á esa señora.

Fué un verdadero viaje. Se detuvo en varias partes. Al fin, á las cuatro y media de la mañana, la berlina de Esther atravesaba la barrera de Saint-Jacques, seguida de otros carruajes.

—¿Qué diablos tendrá que hacer por aquí?—pensó su adorador.

Pero de pronto vió elevada en aquel sitio la guillotina. Esther bajó de su coche, y penetró en una taberna, en donde había alquilado una ventana, es decir, un palco proscenio. Su her-

mana la esperaba allí. La Comedianta quería estudiar las impresiones de la muerte en el rostro de un químico que había envenenado lentamente á su mujer. Era en 1850; todavía recuerdan algunos aquel suceso. Aquel químico fué el primer guillotinado después de la revolución de 1848; el mecanismo funcionó tan mal, que el verdugo tuvo que repetir tres veces la operación, lo que hizo volver bajo la cuchilla la cabeza del condenado.

Presenció aquella escena; ¡fué horrible! Esther no quiso volver á presenciar más aquel quinto acto del drama en acción. ¡Pero cuántos otros espectáculos le agradaba ver! Las bajadas de la Courtille, los bailes de la Ópera, las jóvenes de San Lázaro, los locos de Bicetre, los cráneos de las catacumbas. Pero, al mismo tiempo, nada le era tan agradable como un paseo en el Louvre, por los cuadros y las estatuas. Sus curiosidades tenían siempre por causa el estudio. En su primera juventud había contemplado muchas veces los vasos antiguos, en donde había encontrado su ideal en las figuras pintadas en aquellas maravillas anónimas.

Aun que tenía algo del pilluelo de París, tenía muy poca afición á las representaciones de los teatros en que se hacían comedias de gracioso, á menos que no trabajara algún actor notable. Siempre se imaginaba que éste era el que hacía

la obra: según ella, el autor marcaba las situaciones, pero el actor le daba el alma y la vida. Cuando los encontraba fríos y sin entusiasmo en su papel, murmuraba:

—Bueno, hijos míos; vayan Vds. á leer á Corneille y Racine en el silencio de su gabinete.

Y no volvía.